

Poeta y censor de su propia obra

(Observaciones a *Claves Líricas*, 1930)

Valle-Inclán publicó en 1930 sus *Claves líricas*, en las que recogió sus tres únicos libros de poesía publicados en los años de 1907, 1919 y 1920, formando el volumen XI de su *Opera Omnia*.

Por cierto que la ordenación está invertida al situar *El Pasajero* en segundo lugar, cuando fue publicado el tercero y último en 1920. Pero alguna razón debió tener su autor para esta inversión cronológica, y quizás no fuese la única el hecho de que al compilar su obra, estaba más cerca en ese momento del contenido de *La pipa de Kif* como testimonio de su estética de entonces, como así lo era en efecto. En *La pipa de Kif* se encuentra su famoso «Crimen de Medicina», extenso poema, con tema y versos de variada factura pero dentro de una técnica rigurosamente esperpéntica.

Se le ha venido imputando a Valle-Inclán con reiterada frecuencia, desde Julio Casares en su *Crítica Profana*, el abuso en el aprovechamiento de los esbozos de sus obras primerizas, el que fuesen posteriormente aprovechadas y ampliadas, como si este hecho fuese en sí mismo reprobable, sin considerar la enorme distancia que media entre *La niña Chole* (1895) y la *Sonata de Estío* (1903), o entre *La Generala* (1892) y *Los cuernos de Don Friolera* (1925), o entre *Octavia Santino* (1892) que derivó en *Cenizas* (1899) y que generó posteriormente *El yermo de las almas* (1908).

Valle-Inclán fue un escritor excesivamente exigente con su propia obra, según es sabido, y a esta sola causa hay que atribuir su constante depuración y reelaboración de textos, reelaboración que alcanza a la propia estructura de la prosa y que abarca la mayor parte de los textos publicados bien en libro, revista o periódico, inclusive sus últimos esperpentos e incluso su poesía, según veremos; todo es depurado concienzudamente al pasar a su *Opera Omnia*.

También, como acabamos de señalar, su poesía es sometida a esta reelaboración, aún como en este caso, partiendo de textos ya recogidos en libros anteriormente. Todo es depurado por su mano exigente, alcanzando esta censura amplias y múltiples supresiones. Su exigencia parece nacer de un permanente afán de pureza que hay que considerar congénito en el autor, como una insatisfacción constante a lo largo de toda su vida. Sólo mirándolo desde este ángulo se justifica este hecho; su

exigencia de pureza se observa claramente analizando su obra poética, cuya autocensura reduce en algunos casos a la mitad un poema, justificación difícil en no pocos casos, al analizar hoy estas variantes al incorporarse sus poemas a *Claves líricas*. Las variaciones observadas alcanzan en algunos casos una rigurosidad extrema, por lo que de momento, sólo nos ocuparemos de las más sobresalientes, en espera de la edición crítica que esperamos ultimar en breve, y cuyo avance adelantamos en estas líneas.

Una observación previa parece necesaria antes de pasar adelante. Las *Claves líricas*, publicadas y depuradas por Valle-Inclán en 1930, sigue siendo la base única de todas sus ediciones posteriores, sin que se hayan incorporado a ellas algunos de los poemas escritos por Valle-Inclán después de 1930, como su famoso «Requiem» de 1932, poema importante entre los mejores, y algunos otros poemas, pocos es cierto, perdidos en sus colaboraciones periodísticas de los años 1930 a 1936 en que moría.

Veamos ahora algunas de las supresiones y variaciones a que somete D. Ramón su obra literaria al recopilar en un solo volumen sus tres anteriores y únicos libros publicados:

Aromas de Leyenda. Versos en loor de un Santo ermitaño. Madrid, 1907.

La pipa de Kif. Versos. Madrid, 1919.

El pasajero: Claves líricas. Madrid, 1920.

Recordemos nuevamente que el orden de reedición en 1930 es alterado, ordenándose así: *Aromas de Leyenda*, *El pasajero*, *La pipa de Kif*, ordenación que hoy hallamos perfectamente justificada teniendo en cuenta la trayectoria estética de Valle-Inclán, cerrándose su ciclo literario en ese mismo orden, puesto que *El pasajero* estaba lleno de un tinte rigurosamente modernista del que su autor se había alejado totalmente en la segunda década del siglo, mientras que *La pipa de Kif* recogía una imagen más a tono con su última evolución estética, con poemas como «El jaque de Medinica», «Vista madrileña» o «Resol de verbena», estampas todas ellas del más puro esperpentismo, que hoy nos parecen extraídas de cualquiera de sus obras teatrales o novelescas creadas por su autor en la década de 1920 a 1930, y que en el fondo habría que considerar como un auténtico antecedente a su obra en prosa.

Veamos ya un variado ejemplario de las censuras a que Valle sometió su obra lírica, y empecemos por el famoso soneto iconográfico escrito por Rubén Darío para encabezar sus *Aromas de Leyenda*, cuya edición de 1907 tiene estas palabras previas: «SONETO para el Señor Don Ramón del Valle-Inclán» y que el destinatario corrige en 1930 con estas obras palabras: «SONETO iconográfico para el Señor Marqués de Bradomín, de Rubén Darío, su amigo»¹.

Pero no sólo el encabezamiento modifica Valle-Inclán, sino también el verso 10:

1907: Y a través del zodiaco de mis versos actuales...

1830: Y a través del zodiaco de sus versos actuales...

¹ Esta rectificación nos demuestra hasta qué punto seguía vivo en el espíritu de Valle-Inclán el problema carlista, años en que el pretendiente Don Jaime le escribía una curiosa carta confiriéndole el título de «Caballero de la Orden de la Legitimidad proscrita».

Hay otra variación pero ésta no imputable a Valle-Inclán sino que se trata de un error de imprenta, en el verso 12:

O se me rompe en un frasco de cristales
que queda así:

O se me rompe en un fracaso de cristales...

error que el propio Rubén se encargó de rectificar al recoger el retrato de Valle en *El canto errante* (Madrid, 1907, p. 167), habiendo añadido Valle-Inclán dos signos de admiración en los dos últimos versos.

Iniciemos ya por orden cronológico algunas de las más sobresalientes variaciones, no sin antes hacer constar que estas notas inconexas son un breve avance de un próximo estudio más amplio sobre Valle-Inclán poeta, faceta sorprendentemente desatendida por la crítica, no obstante la premonición que suponen algunos versos suyos sobre su obra en prosa y sus hallazgos.

Aromas de leyenda

La ordenación de los poemas del libro es idéntica en ambas ediciones, pero la numeración se incrementa en 1930 en un poema, alcanzando éstos hasta el XV, como consecuencia de haber numerado como poema I, la composición «Ave» que en la edición de 1907 sirve de prólogo y propósito poético al libro, y es como un canto genérico e independiente que comprende la idea matriz del libro:

¡Oh lejanas memorias de la tierra lejana...

poema que también retoca Valle en los versos 10, 11, 13 y 24.

De la Clave I, «Milagro de la mañana», se suprimen los siguientes versos finales, que parecían justificar el propio poema:

Esta santa conseja
La recuerda un cantar,
En una fable vieja.

y cuyo origen popular refrenda esta cuarteta galaica:

Campana, campaniña
Do Pico Sagro,
Toca por que froreza
A rosa do milagro.

versos que en 1930 quedan suprimidos y sustituidos por el trístico siguiente, que no tiene vinculación con el poema, lo que debió obligar a Valle-Inclán a la supresión de los tres versos anteriores. En 1930 el cierre del poema queda con estos tres versos nuevos:

¡Tes no teu piteiro,
Paxariño novo,
Gracia de gaiteiro!

Una gran parte de los poemillas gallegos con que finalizan los poemas de este libro son retocados por Valle al pasar a formar parte de *Claves líricas* en 1930.

No retocó excesivamente Valle este libro primerizo al releerlo en 1930. El último poema, XIII, «En el camino» es el que sufre mayor transformación, suprimiendo este trístico perfectamente encajado en el poema:

Era de una ideal
Dulzura, su figura
Grave y pontifical.

mientras que el último:

¡Madre, Santa María,
En dónde canta el ave
que anuncia un nuevo día?

queda sustituido por el siguiente en 1930:

¡Ciego de luz de aurora
que en su rueda de plata
hila Nuestra Señora!

Asimismo la cuarteta galaica que cierra el poema se modifica en los versos 2 y 4.

Veamos ahora, respetando la ordenación de su autor, algunas de las variantes más destacadas de

El pasajero, cuyo subtítulo, «Claves líricas» sirvió a Valle-Inclán para titular su obra completa.

El pasajero puede considerarse como una confesión del autor puesta en versos modernistas. En la edición de 1920 al pie del título aparecían estos versos desgajados del primer poema, «Rosa de llamas»:

Tú fuiste en mi vida una llamarada,
Por tu negro verbo de Mateo Morral:
¡Por el dolor negro del alma enconada,
Que estalló en las ruedas del Carro Real!

y que fueron sustituidos con la primera cuarteta del poema quedando con el mismo número de versos, pero evidentemente desfigurándolo ya que por su primera redacción sabemos que recogía un recuerdo a Mateo Morral, el famoso anarquista bien conocido por Valle-Inclán en su tertulia del Nuevo Café de Levante en la primavera de 1906 y al que en unión de Ricardo Baroja reconoció en el depósito de cadáveres después de su suicidio en las cercanías de Madrid, huido del atentado de la calle Mayor, novelado asimismo por Baroja en la primera parte de *La ciudad de la niebla*.

Su segundo poema «Rosaleda» es uno de los que mayor transformación sufre, desapareciendo nada menos que 15 de los 34 versos que contenía en la edición de 1920, los cuales se sustituyen únicamente con dos versos nuevos. En realidad sólo quedan intactos los cuatro primeros y los siete últimos. Los suprimidos son:

La nota de las rosas, iba como un revuelo
 Por el encanto verde, que vibra desde el suelo.
 Era el paisaje pauta del pincel puntillista,
 Con la luz emotiva del cielo modernista.
 Conversé con las rosas y las amé en secreto,
 He vuelto, y cada rosa me ha dado un amuleto.
 Lo traje peregrino por el cielo de Oriente,
 Un crinado mancebo con el Sol en la frente.
 ¡Sagrada luz, y gozo de los panidos lauros
 De rosas! ¡La divina furia de los centauros,
 En mi sangre! ¡La sangre del sol! ¡La heroica furia
 Mítica! ¡La dorada sangre de lujuria!
 En cada rosa
 Gusté el amor lozano de una esposa.
 Tuve en ellas deleite sin pecado,
 La gracia renové del Adanita,
 Mi deleite de amor se hizo sagrado
 Como el amor de un Rey israelita.
 ¡Era yo un Rey que amó a una Sulamita!

Poema como se ve por lo suprimido de amplio corte modernista, muy rubeniano, que Valle depuró en 1930 entendemos que con buen criterio, reduciendo tanto signo de admiración a estos cuatro versos:

Conversé con las rosas, y como un amuleto
 Recogí de las rosas el sideral secreto.
 Los números dorados
 De sus selladas cláusulas, me fueron revelados.

El poema III, «Rosa hiperbólica», es igualmente de marcado carácter autobiográfico:

Fui peregrino sobre la mar,
 Y en todas partes pecando un poco,
 Dejé mi vida como un cantar.

aunque dando un tinte fantástico, como a él gustaba, a su pasado, al igual que en su famosa autobiografía publicada en *Alma española* en 1903. Sin embargo no vemos qué razón pudo tener Valle-Inclán en 1930 para suprimir estos cuatro versos del primitivo poema, muy a tono por otro lado con el resto del poema:

Peregrinando por mis caminos,
 No temí hambre: ¡Temí mujer!
 Quien va señero tras sus destinos
 Lleva la espada para vencer.

El poema «Rosa del Paraíso» tiene en la primera edición 48 versos y al pasar a «Claves líricas» queda reducido a 32; entre los suprimidos destacamos:

En su temblor azul, devoto y pronto,
 Tiene ansias de ideal la flor del lino,
 Ansias de deshojarse en el tramonto
 Y hacer de su temblor, temblor de trino.

La poesía siguiente: «Rosa venturera» desaparece totalmente en la edición de 1930. Veamos seguidamente los catorce versos que fueron eliminados por Valle-Inclán:

Con el recuerdo de otras vidas
 En el corazón, a cantar
 Partí con las alas tendidas
 Sobre los tumbos de la mar.
 En las voces desconocidas
 Sentí el pasado resonar,
 Y claridades presentidas
 Iluminaron mi avatar.
 Bogó mi alma paradójica,
 En un cristalino bajel,
 En una isla mitológica
 Me embriagué con hidromiel
 Y como consecuencia lógica
 Decoró, mi sueño, un laurel.

El pasajero en la edición de 1920 está subdividido en cuatro partes, con numeración independiente de los poemas en cada una de ellas, subdivisión que no conserva la edición de 1930. Las cuatro secciones se titulaban «El pasajero», «Laureles», «Tentaciones» y «Talismán», conteniendo nueve poemas cada sección.

«La Rosa panida», clave V de la sección «Laureles», queda reducida de 44 versos a 28, desapareciendo las siguientes estrofas intercaladas a lo largo del poema:

¡Mística rosa del elogio!
 ¡Fragancia de la letanía!
 ¡Luz del Eucologio!
 ¡Salmo del día!

•

¡Yo era lleno de furia,
 Y tú fuiste a mi corazón,
 Voz de lujuria
 De Salomón!

•

¡Estrofa de líricos prismas
 Tú engañaste a mi corazón
 Con sofismas
 de Zenón!

•

¡Rosa llena de alegorías
 Antiguas! ¡Divina y carnal!
 ¡Flor de Herodías
 Y del Grial!

El soneto «Rosa del suspiro» en la edición de 1920, pasa a llamarse «Rosa métrica» conservando solamente alguna palabra y manteniendo prácticamente la primitiva

rima. Es un soneto totalmente rehecho, el cual transcribimos en ambas versiones para un mejor contraste. He aquí el publicado en 1920:

Ardiente pentáculo, cláusula sellada,
 Verbo de una eterna luz primaveral,
 Sangre de venusta boca enllamarada,
 La rosa las cláusulas guarda del cristal.
 Rosa que a la carne de Venus das norma,
 La diosa encendida de furia carnal,
 Consagró en la gracia cordial de tu forma
 Para sus misterios, fragante grial.
 Rosa venusina, tu sentido oculto
 Promueve los ritmos del agreste culto
 de Pan. Armonías me das de placer.
 Como un arroyuelo me corre el exulto
 Del éxtasis. Llevas bélico tumulto
 A mi sangre. Voces me das de mujer.

Veamos ahora la segunda redacción para contrastar mejor la evolución de un tema idéntico desde una perspectiva no excesivamente lejana:

¡Número Celeste! ¡Geometría dorada!
 ¡Verso pitagórico! ¡Clave de Cristal!
 ¡Canto de divina boca enllamarada!
 ¡Verso del Ardiente Pentáculo Astral!
 Los poemas del seno de Diana Cinegética
 Timbra con tu ardiente alusión carnal,
 Divina promesa que enciende la estética
 Del fauno rugiente de furia nupcial.
 Con feliz congoja, con místico insulto
 Panida, arrebatas mi sangre en tumulto
 Aurea solfa del Dorado Facistol.
 Rosa Alejandrina, tu sentido oculto
 Promueve los ritmos heroicos del culto
 Apolíneo. ¡Rosa Métrica del Sol!

El pasajero, lleno de un aire modernista total, es también un libro lleno de intimidades, entre cuya hojarasca vemos no pocas veces vibrar el alma de Valle-Inclán. Descubierta y confirmado y el mundo esperpéntico en la época en que el autor lo relee, lo somete a una censura y depuración que quizás sólo sean una fórmula para hacermás ocultos unos sentimientos y un alma que eran fácilmente visibles en la primera redacción. Un deseo de insatisfacción y ocultamiento parece presidir las continuas transformaciones y aún supresiones. Entre los poemas suprimidos se encuentran los «Gozos de la Rosa», de riguroso estilo modernista:

¡Carne de ofrenda! ¡Carne sin sevicia!
 ¡Luz deliciosa! ¡Pánica obsesión!
 ¡Carne gloriosa! ¡Mística leticia!
 ¡Grito del mundo! ¡Estrofa de pasión!
 ¡Rosas fragantes! ¡Cristalinas rosas!
 ¡Rosas evocadoras del Harén!
 ¡Rosas divinas, castas lujuriosas!
 ¡Senos de Eva! ¡Carne del Edén!

¡Carne! Divina carne sin pecado,
Ardiente geometría del cristal,
Concepto femenino immaculado,
Eva en el Paraíso Terrenal.

Cuando tu gracia núbil y pagana
En la bicorne frente era laurel,
La que pecó de amor te hizo cristiana
De amor besando por las huellas de El.

El numen teologal del bizantino
Te dio a las piedras y trascendida en luz,
Cobras gracia de estrella en lo divino
Rosetón que se enciende ante la Cruz.

¡Rosal que eres de espinas coronado,
Acendrado y fragante de dolor,
Perfuma con tus rosas mi pecado
Que lleva espinas y no lleva amor!

Aquella rosa estática, la rosa
Enamorada que en mi mano fue,
La que era como un Ángel luminoso,
Como un Demonio yo la deshojé.

Canto a la mujer trascendida en rosa que en sus tres últimos cuartetos alcanza un sentido de cántico religioso cuya desaparición de sus obras completas no acertamos a comprender, salvo como una paradoja, su última paradoja a la vida que le había dado tan duramente la espalda.

Sigue la Clave II, «Rosa de Túrbulus» del apartado «Tentaciones» con algunos versos rehechos al igual que ocurre con la III, «Rosa de Oriente», con variaciones, y así hasta la última parte del libro, «Talismán», cuyo primer soneto de 1920 «Rosa Salomónica», clave I, desaparece en la reedición de 1930, por lo que lo transcribimos a continuación:

Es la tristeza divina herencia,
Corazón triste, buen corazón,
Sólo dolores labran conciencia,
Dolor es ciencia de Salomón.
Penas de amores la preferencia
Llevan. Sus flechas doradas, son
Ansias divinas, gozo y cadencia
De aquel salterio que oyó Sión.
Oyendo el canto de las sirenas
Voy peregrino sobre la mar,
Y con los hierros de mis cadenas.
Sigo la pauta de su cantar.
¡Sólo cantares divierten penas!
¡Cantó el Salmista para llorar!

Soneto por cierto no inferior a otros que respetó su autor y que por supuesto no desmerece en absoluto del conjunto del libro. También sufre varias podas la Clave II de esta sección, «Rosa de Abril», en la que suprime dos estrofas con estos versos:

¡Jardín azul, en donde el canto
De la alondra, escuchó Julieta!...

Jardín con ecos de su llanto,
Y una nostalgia de poeta!...

Y estos últimos del poema:

¡Oh rosa, qué numen te informa?
¿Por qué claridades benignas,
Levantas tu mátrica forma
En el mundo de mis Enigmas?

También la siguiente clave lírica sufre la depuración completa de Valle-Inclán al releerlo en 1930. No solamente cambia el título: «En un libro guardada está» por «Rosa de Zoroastro», sino que el poema queda totalmente rehecho pasando a ser prácticamente uno nuevo, con la supresión de una estrofa, por lo que los transcribimos seguidamente:

He aquí la versión de 1920:

En el espejo mágico aparece
Toda mi vida, y bajo su misterio
Aquel amor lejano se florece
Como un Arcángel en un cautiverio.
Llega por un camino nunca andado,
Ya no son sus veredas tenebrosas,
Desgarrada la sien, triste, aromado,
Llega por el camino de las rosas.
Vibró tan duro en contra de la suerte
Aquel viejo dolor, que aún se hace nuevo
Está batido por el hierro fuerte,
Tiene la gracia noble de un mancebo.
Reza, alma triste, en su devota huella,
Los ecos de los muertos son sagrados,
Como dicen que alumbran las estrellas,
Alumbran los amores apagados.
Este amor tan lejano, ahora vestido
De sombra de la tarde, en el sendero
Muestra como un Arcángel, el sentido
Inmortal de la vida al Pasajero.
Yo iba perdido por la selva oscura,
Sólo oía el quebrar de mi cadena,
Y vi encenderse con medrosa albura,
En la selva, una luz de ánima en pena.
Tuve conciencia. Vi la sombra mía
Negra, sobre el camino de la muerte,
Y vi tu sombra blanca que decía
Su oración a los tigres de mi Suerte.

Veamos ahora la versión de 1930, en la que manteniendo el mismo número de versos, trastoca varias estrofas y rehace otras totalmente distintas:

En el espejo mágico aparece
Toda mi vida, y como cirio místico
Aquel amor lejano aún estremece
Con su luz, el pleorama cabalístico.

Reza, alma triste, en sus devotas huellas,
 Los ecos de los muertos son sagrados,
 Como dicen que alumbran las estrellas,
 Alumbran los amores apagados.
 Esta cera que enciende su lucero,
 Más luminoso cuanto más distante,
 En el mágico círculo agorero
 Signa la eternidad de cada instante.
 Suspende el grano en el reloj de arena,
 Y los enigmas de mi noche oscura
 Alumbra con su cirio de alma en pena,
 Del sellado cristal, en la clausura.
 En el espejo, vi la sombra mía
 Negra, sobre los pasos de la muerte,
 Y el ánima llorosa que vencía
 Con su oración el Sino de mi Suerte.
 Aquel amor lejano ahora vestido
 De niebla sideral, su ardiente Idea
 Abre como un arcángel, y el sentido
 Inmortal de la vida, en mi alma atea,
 Tiembla en un zodiaco, sollozante
 Con sollozo de luz. Y su reflejo
 Circunda con un halo al nigromante Espejo.

Veamos seguidamente la antepenúltima de las poesías de este libro titulado «La trae una paloma», clave VII, un soneto en el que rehace totalmente su segundo cuarteto dándole una forma más trascendente, especialmente en sus dos últimos versos.

Así en 1920:

Espina del dolor, redime al limo,
 Purifica este logos de pecado
 Donde el enigma de las formas rimo
 Con la divina forma del Amado.

Y rehecho así en 1930:

Por tu gracia de lágrimas el limo
 De mi forma será vaso sagrado
 Verbo de luz la cárcel donde gimo
 Con la sierpe del tiempo encadenado.

Y por último, anotemos el cambio de situación anímica del Valle-Inclán de 1930, una década solamente después de escritos y corregidos estos versos:

1920
 ¡Adiós desengaños!
 ¡Adiós ilusiones!
 Ya logran mis años
 Las quietas razones.

1930
 ¡Adiós ilusiones!
 Ya logran mis años
 Las quietas razones
 De los desengaños.

Y así llegamos al final de *El pasajero*, libro donde su autor nos deja, entre la hojarasca modernista, más jirones de su alma a través de cuyas continuas correcciones hallamos sin duda su mejor y más elocuente desviación trágica del final de su vida,

como aquellos versos últimos del libro, en los que Valle-Inclán nos dejó el mejor ejemplo moral y senequista de su vida:

Quiero una casa edificar
 Como el sentido de mi vida...
 Quiero en piedra mi alma dejar
 Erigida.

versos de su «Karma» que en 1930 al releerlos los halló intocables, porque seguían configurando la misma idea con que hacía diez años habían definido su vida.

El pasajero es sin duda su libro más modernista, pero también más confesional y triste de Don Ramón.

La pipa de Kif

Este libro fue publicado el segundo en orden cronológico, 1919, pero al compilarlo en 1930 pasa al tercero y último lugar. Circunstancia que como dijimos antes hay que considerar y respetar y alguna razón debió tener Valle para hacerlo así, sin descartar, que ateniéndonos a su texto y contenido está más cercano a su última época ya definida con el descubrimiento y la burla del esperpento. Si *El pasajero* está lleno de intimidades líricas, cercanas a *La lámpara maravillosa*, este libro, *La pipa de Kif*, representa en su obra poética la tercera y última etapa, premonitoria del hallazgo del esperpento como visión radical de su obra posterior, visión nueva que exigía un abandono definitivo de su obra anterior, cuyo ciclo lógicamente cierra *El pasajero*; y así vemos cómo Valle-Inclán nos informa de su nueva visión burlesca de la realidad dándonos la clave en estos versos:

Mis sentidos toman a ser infantiles
 Tiene el mundo una gracia infantil...
 Voluta de humo, vagula cimera,
 Tú eres en mi frente la última ilusión
 De aquella celeste azul Primavera
 Que movió la rosa de mi corazón.

Así parece Valle-Inclán despedirse de su inmediato pasado, después de haber descubierto una nueva faceta que le hace ver el mundo con una inesperada gracia infantil, como un animado tablado de marionetas, como un perpetuo Carnaval, lleno de nuevas aristas y sarcasmos, para que en conjunto den una imagen exacta de la realidad hiriente del tráfago español, como fondo y preocupación única y última de su obra. Y ese mundo, esa sociedad que tan airadamente le dio la espalda, va a ser el mundo de fantoches y muñecos reflejados en el espejo cóncavo, no del Callejón del Gato madrileño, sino en el espejo cóncavo de su propia retina; y esto es lo que va a poetizar Don Ramón en este nuevo libro que es el pórtico y el anticipo genial de su obra última y por eso cuando lo relee en 1930 apenas lo retoca hallándolo intocable. En él se inicia la nueva visión cosmogónica de la sociedad española, vista desde la calle madrileña. Ya nos lo dice él en estos versos que nos anticipan el carácter de la obra:

Por la divina primavera
 Me ha venido la ventolera
 De hacer versos funambulescos
 —Un purista diría grotescos—

nueva visión de la realidad con aires de locura:

¡Pálida flor de la locura
 Con nombres de literatura!

y quizás en este pareado pudiera condensarse su futuro quehacer, partiendo de una burla total hacia el pasado, y dando una nueva y original visión de la realidad transformada en lo más loco y paradójico de una sociedad.

Decíamos antes que *La pipa de Kif* iba a pasar por la censura de su autor casi íntegra a la obra completa. Su largo poema «El jaque de Medinica» pasa a sus poesías definitivas con la sola supresión de esta cuarteta:

Tiene el Jaque de Medinica
 En la frente un rojo tachón
 Atenta la oreja, predica
 Su dedo en los labios: ¡Chitón!

Supresión en la que hallamos un punto de interés, ya que el «rojo tachón» suprimido ahora por Valle-Inclán, tiene un par de antecedentes nada menos que en la poesía de Antonio Machado:

... Y en la frente del viejo de hosco ceño
 como un tachón sombrío
 —tal el golpe de un hacha sobre un leño—²

imagen reiterada en otra de sus poesías, con similares palabras:

Tiene el padre entre las cejas
 un ceño que le aborrasca
 el rostro, un tachón sombrío
 como la huella de un hacha.

Pero no era esa la única depuración de Valle-Inclán en *La pipa de Kif*, en efecto en «El circo de lona», puro esperpento callejero, también la mano censora del autor eliminó estos ocho versos del canto II:

Y el pelado cuello
 Estira el camello
 Con largo resuello
 Que termina en U.
 Lo enarca y lo apura
 Lo exprime y lo augura,
 Toda la figura
 Es un Gurugú.

y estos cuatro del canto III:

² «Campos de Soria» V, en Campos de Castilla, M. Machado, 1912, p. 58.

³ «La tierra de Alvargonzález» II, p. 82, edic. cit.

Y las falsas pantorrillas,
Dando gritos de falsete,
Se tuercen en las canillas
Bajo un siete.

Pero el Valle-Inclán que hacia 1920 había abandonado el verso, habría de publicar uno de sus mejores poemas después de 1930, cerradas ya sus «Claves líricas» y por tanto no incorporadas a su libro. Recordemos entre algún otro, su trágico «Requiem», cuyo texto recoge en esencia la luctuosa situación del autor en sus últimos años, y que no iba a mejorar hasta su adiós definitivo, la víspera de Reyes del año 1936. Veamos completo este hermoso poema, incomprensiblemente no incorporado a sus *Claves líricas* en ninguna de las ediciones posteriores:

I

¡Voy caminando entre escombros!
La alforja del infortunio
agobia mis viejos hombros.

II

Halo de trémula albura.
Un aceite de difuntos
alumbra mi noche oscura.

III

En mi soledad nocturna
arrastro como alma en pena
mi cadena taciturna.

IV

Voy en la noche de lutos:
la boca, muda a la queja;
los ojos, al llanto enjutos.

V

Soplo de luz afligida.
Bajo el arco de la muerte
tiembla el odio de mi vida.

VI

¡Muerte bienaventurada,
toda mis esperanza cifro
en llegar a tu posada!⁴

Versos estos que habría que restituir a su lugar, escritos junto a su escatológico «Testamento» de esas mismas fechas, escritos cuando estando Don Ramón enfermo, un periodista ofreció a la portera de la casa donde vivía cinco duros por la primicia de la noticia de su muerte, macabra situación entre otras que le ofreció hasta el final su vida, pero cuyo último gesto sería una víspera de Reyes cuando definitivamente finalizó su vida con otra desgraciada y lamentable pirueta trágica y grotesca ofrecida por esa sociedad cuya incomprensión mutua alcanzó tan lamentables tintes.

Angel Martínez Blasco

⁴ Publicado en «Blanco y Negro», enmarcada por una fotografía de Rodríguez, en el n.º 2.159 del 30 de octubre de 1932.